

---

# EL GRAFFITI UN DIALOGO DEMOCRATICO

OSCAR COLLAZOS

Ahora se pretende institucionalizarlo a través del mercado del arte. Esto, al menos, es lo que ha empezado a suceder en el convulsionado Nueva York de los dos últimos años. Se ha "exportado", llevando a sus "autores" a las galerías del mundo, exponiéndolos como piezas curiosas y bárbaras, introduciéndolos en el mundo del mercado. Hay, sin embargo, algo de lamentable en esta gestión artístico-mercantil: crear la ilusión del éxito entre quienes no primaba más ilusión que la de la expresión y el desinterés.

El esfuerzo tan efímero como vano. El graffiti es una expresión irreductible, pues nace en una zona de lo prohibido y se renueva con la sensibilidad clandestina de cada época. Es decir, rehúsa salir de su clandestinidad ajustándose en cada nueva ocasión a sus orígenes.

El arquitecto Adolf Loos se quejaba del graffiti, pero, a la vez, lo definía: "Se puede pulsar la cultura de un país en la medida en que están garabateadas las paredes de los retretes". Corrían los tiempos de la Viena de los Habsburgo, muy al final de ese imperio que el corrosivo Karl Kraus quiso ver irónicamente como "los últimos días de la humanidad". No nacía el graffiti con el siglo XX. Tal vez existió desde el momento mismo en que los hombres encontraron un muro vacío y dejaron sobre él las huellas de un sentimiento inconfesable. Pero si el graffiti no nace con este siglo, es en él donde se generaliza como práctica democrática y expresión de impulsos siempre secretos del individuo.

No hay mucha distancia entre las inocentes confesiones íntimas y la obscenidad que se expresa en estas pintadas en las que la letra puede ser apoyada por el garabato y la ilustración gráfica. Lo que se expresa y lo que se repudia contiene un mensaje que no puede salir por los canales institucionales de la comunicación social. Por ello, con el tiempo, el graffiti se ha vuelto una forma de comunicación social. No es solamente una práctica de adolescentes y jóvenes, aunque entre estos sea más frecuente. No es sólo una práctica urgida y compulsiva (el deseo de escribirlo es repentino y puede producirse ante un muro vacío o ante el llamado incitante de otro graffiti: monólogo y diálogo). En cierta forma, es también la expresión del adulto que se quedó an-

clado en la edad del temor y las inhibiciones.

Sea como fuere, el ingenio del graffiti sigue poniendo al descubierto un espíritu juvenil y agresivo, lo que acaso no sean sino términos complementarios. La agresividad es a la juventud lo que el sosiego es a la vejez. Las fantasías sexuales se expresan con graciosa brutalidad; las antipatías políticas ponen de manifiesto un rechazo casi visceral a lo establecido, con lo cual fantasía sexual y rechazo político coinciden en un mismo terreno: el del deseo.

Es curioso el diálogo que se crea de una frase a otra, obra a menudo de manos diferentes. Se trata de un diálogo a veces argumentado, secuencias o réplicas sucesivas dadas por seres anónimos y clandestinos. El espacio cerrado del retrete se convierte así en una tribuna que sustituye al espacio abierto del diálogo democrático, un diálogo que para volverse legítimo debe crearse normas institucionales, esto es, límites de permisividad. El diálogo de los graffiti es, en cambio, anti-institucional en la medida en que trasgrede los límites de esa permisividad, no sólo en los contenidos, sino también en su lenguaje.

El dadaísmo, esa escuela del ingenio y la inteligencia condensada en epigramas y aforismos, fue seguramente la primera tendencia artística que ofreció a la posteridad de este siglo una cierta dignificación del graffiti, no tanto porque lo cultivaran como por la maestría con que quisieron abreviar el lenguaje, que era en cierta manera una forma de abreviar la definición del mundo. Desde entonces, también la pintura se hizo eco de esta expresión cotidiana y la incorporó con otras materias bastardas, al espacio del cuadro. Pero las vanguardias pictóricas no pretendieron recuperar y desnaturalizar el graffiti, sino dar cuenta de él y de sus medios revulsivos.

No fue casual que los estudiantes de 1968, en París o en Berlín Occidental, en Berkeley o en Frankfurt, volvieron los ojos hacia el dadaísmo. No estaba en juego la probabilidad de un revolución, sino la expresión compulsiva del deseo revolucionario.



Cuando los muros tomaron la palabra, se rindió un doble tributo: al dadaísmo y al graffiti. No hubo tema prohibido: el mundo de la intimidad, el principio del placer, el exabrupto, la manera de imaginar el futuro, de concebir la ciudad y de bombardear lo establecido, todos estos y otros ingredientes se dieron cita en ese espíritu que no por casualidad era un espíritu juvenil.

Algún oscuro o recóndito motivo, una inhibición social o un arranque irrefrenable, ofrecen al graffiti la posibilidad de ser lo que siempre ha sido: pensamiento instintivo. En el graffiti, el deseo consigue su inmediata satisfacción. Al no tener intermediarios, es un coloquio de onanistas. No tiene objetivo definido, ni siquiera el de encontrar un interlocutor, pues nace de una fantasía irrealizable en el ámbito público: el amor sublimado, la transgresión erótica, el disgusto político, la rebelión contra la asepsia pública representada en la pared en blanco. Si se concedieron espacios específicos para descargar esta necesidad compulsiva, como se destinan espacios para afichar anuncios comerciales, los autores del graffiti se saldrían de esos espacios, pues representaría un esfuerzo por poner límites a una práctica de voluntad ilimitada.

Siendo como es un fenómeno con entidad cultural, sorprende que psicoanalistas, sociólogos urbanos y programadores de la vida social lo sigan mirando como algo pintoresco y a veces irrelevante. Los manuales de urbanidad lo condenan en nombre de algo tan ambiguo como las "buenas costumbres".

La indiferencia que produce entre los programadores de la vida social es sospechosa: parecen no querer enfrentarse con un fenómeno incontrolable, que, al salir del retrete, ocupa los muros de las ciudades ofreciéndoles una estética que contradice la estética de la "ciudad limpia". Se olvida que el paso de los hombres por su habitat, sólo puede dejar huellas, rasgaduras, manchas, garabatos, testimonios que en alguna medida dan cuenta de una vida. El retrete y el muro son el habitat privilegiado de conciencias inhibidas.

Debería legitimarse la existencia del graffiti en el paisaje urbano. Incluso debería ser objeto de estímulo. Pero este esfuerzo corre el riesgo de paternalismo o de concebir zonas de opinión destinadas para que se depositan consignas clandestinas, esto es, no aceptadas por la moralidad social. Legitimar el graffiti sería algo distinto a destinarle el mezquino espacio que se le quiere destinar en las galerías de arte. Equivaldría a dejarlo en sus sitios de siempre: el retrete o los muros. Siendo como es, un exorcismo, una labor higiénica ejecutada por alguien que no encuentra analista ni intermediario, puede suponerse que el graffiti rehusará siempre el espacio legitimado de las salas de arte o la licencia gubernativa que lo confinaría a los límites de unos espacios o recuadros destinados al efecto. Creo que se trataría, en los dos casos, de un esfuerzo contra natura.

Los mercachifles del arte han visto el filón que podría ofrecer el graffiti y pretenden sacarlo parcialmente de su medio natural. Es una operación condenada al fracaso: las salas de exposiciones y los museos del mundo no tendrían espacio suficiente para dar cabida a esta práctica colectiva, que allí estaría completamente desvirtuada. ¿Por qué no dejar al graffiti en su sitio? Mientras las fantasías y el deseo de expresarlas encuentren un espacio vacío, esta práctica colectiva tendrá un razón de ser que no se contradice con la idea de la casa o la ciudad limpias. Más obscenas resultan las casas repletas de objetos inútiles, las ciudades contaminadas por el veneno de las tecnologías, ahogadas por ruidos espantosos, atiborradas de esquizofrénicos inhibidos.